

Los Mexicanos.



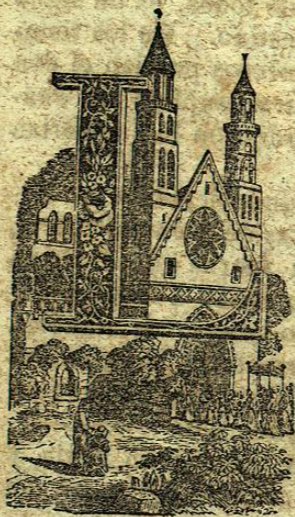
Lito de M. Murguía y C^{ta}

EL CARGADOR.



EL CARGADOR.

CIENCIA DE GOBIERNO.



A ciencia de la fuerza, es y ha sido la única que para establecerse y sistemarse han tenido todos los gobiernos, comenzando desde los tiempos patriarcales hasta los venturosos dias en que Napoleon III y Victoria de Inglaterra, que, segun se dice, gobiernan los dos paises mas libres é ilustrados del mundo, demuestran de una manera evidente, ya en la Crimea, ya en la India Oriental, que la fuerza es la ciencia de las ciencias, que sin ella no hay gobierno posible; de modo que, el que no la tiene, no puede gobernar; y de aquí sin duda vino el adagio, que dice: *El que no tiene fuerzas, no se meta á cargador.*

Hoy dia, que los gobiernos han llegado á ser una persona moral, dotada tambien de fuerza moral, difícilillo me parece hallarles un si.

mil físico que no sea el *cargador*; y aunque al establecer el paralelo entre cargador y gobierno, la comparación sea prosáica, tendremos en cambio la exactitud posible, pues saben mis lectores que una persona moral, si se la quiere dar un semejante físico, se busca el que le sea más análogo. Si se quiere explicar el ideal de una Diosa, se busca la muchacha más bonita: si se trata de espresar la magnitud de pensamiento, apelamos á las montañas, al mundo y á todos los planetas: y si se pretende dar idea de la fuerza intelectual de un individuo, recurrimos al vapor, cuando menos, precisando, para mayor exactitud, si la tal fuerza es de 300 ó 900 caballos.

Algun cursante de retórica me dirá, que cuando se trata de presentar el tipo de un cargador mexicano, no debe disertarse sobre lo que es un gobierno; pero para mí lo mismo dá que el gobierno sea el tipo de un cargador, ó éste lo sea del otro: cuando las cosas se identifican, no puede hablarse de las unas sin tocar las otras. No obstante, como el objeto principal de este artículo es dar á conocer al *cargador*, como tipo especial entre todos los tipos especiales, nos limitaremos á buscarlo en su origen, á presentarlo tal cual es, y si hay digresiones, éstas necesariamente tendrán relación con el individuo que tenemos entre manos.

Un cargador tiene figura humana: cuando nace, en nada se diferencia de los entes racionales, y su signo, como el de todos, es un signo misterioso; por consiguiente, nadie prevee su destino. En los tiempos bárbaros de la Grecia, las pitonisas y los agoreros poseían el don de adivinar y de revelar el destino de las criaturas, suplían los exámenes anatómicos, y sin la frenología de Gall predijeron lo que serían Sansón, Hector, Hércules y Aquiles.

Si el *cargador* al nacer tuviera su pitonisa, indudablemente no llegaría á su destino; pues que, suponiéndose antes de tiempo fuerte, como sucede á los gobiernos, no emplearían su fuerza en servir de acémilas al resto de sus semejantes, sino que aspirarían á desempeñar trabajos más grandiosos que los de conducir todo género de muebles.

Generalmente, la profesión del *cargador* es hereditaria, sin que obste entre nosotros la buena ó mala constitución del sujeto; de ahí proviene que muchas veces vemos un hombre raquíico, que lejos de tener las proporciones y musculatura de un atleta, parece un Pária, y es, sin embargo, un cargador. El ejercicio hace maestro, y cargan porque cargan.

El cargador no lee porque no sabe, ó porque no sabe lo que lee, lo cual importa nada para conducir una carga.

El cargador no se mueve sino cuando tiene carga, así como un gobierno no se mueve sino cuando le viene una responsabilidad con que cargar; por lo demás, tiene la obligación de permanecer en una esquina parado *en statu quo* como sucede á los gobiernos.

Como ellos, el cargador, donde le falta la fuerza suelta la carga; y si se rompe un mueble, roto se queda, porque el estado de insolvencia en que constantemente se halla, lo liberta de pagar, sufriendo, á lo más, un *respice* del dueño, como quien dice, un desahogo de la prensa.

En lo que sí un cargador se diferencia de un gobierno es, en que por fuerza debe ser honrado, so pena de perder su carrera, por consiguiente es pobre. Véanlo ustedes de arriba abajo, y encontrarán que es un poco menos que limosnero: lleva por distintivo su cordel ó mecapal sobre el hombro, y colgada al pecho una placa con un guarismo, que es su medalla de honor, y sirve para quitarle el nombre del bautismo, pues que pasa á ser, en vez de Pedro, ó Juan, en núm. 20 ó 300.

Ese es un mal inevitable, causado por la policía preventiva; pero un mal que importa una conveniencia social, y ya sabemos que la sociedad gusta más de la numeración que de la nomenclatura.

Para conocer á nuestro hombre, es necesario quitarlo de la esquina, donde no se distingue de los demás seres, sino por su afecto al pugilato, á las bebidas tónicas, y por sus inocentes pasatiempos, que suelen limitarse á perfeccionar la *mazorca* ó nudo con que reduce la extensión de su cordel, que de cuando en cuando lo emplea en cambiarse á cordelazos con sus compañeros.

Sigamos al cargador, no á la tienda ó almacén donde su ocupación se ciñe á levantar ó mudar tercios, ó á conducir monedas del punto H. al punto B., sino á una casa en vía de ser vaciada.

—¡Cargador!

—¡Señor amito?

—¡Cuánto llevas por echar un viaje?

—Su mercé me dará lo que quiera.

—¡Hola! aquí está el cargador, que comience á llevar los trastos.

El cargador repasa con la vista los muebles, y pocas veces oculta su mal humor, si ellos son escasos ó pesados.

—¡Vaya ese colchon! pero es muy poco, que acomode estas cosas que no pesan nada.

El atleta lia el colchon, se lo pone acuestas en silencio, y comienza á cubrir su cuerpo con los adminículos de un loro en su jaula, un para-aguas de familia, dos ó tres canastas, un vaso de usos secretos, un par de botas de lejano parentesco, una escoba, un plumero, un sombrero histórico y un rollo de periódicos que hicieron la oposición el año de 824.

El cargador paciente bambolea, se afirma en las corvas, y emprende un camino para volver ya refrescado con un vaso de pulque sorbido al paso, y alargando ó acortando su reata, como gobierno que se ajustá con algun agiotista para cargar un contrato pesado, tantea el mueble

sopesándolo, le acomoda el lazo, y entre advertencias, prevenciones y pareceres diversos, á modo de ejecutivo en consejo de ministros, ó frente á la cámara de senadores, el hércules relativo camina con el mueble, haciendo de vez en cuando alarde de su pujanza y aguante.

Concluye la tarea; si le pagan mal, pide lo justo, como gobierno que cae; si le pagan bien, pide mas, como presidente con facultades extraordinarias, y raro es el caso en que el cargador queda contento.

Por lo tocante á los usos de corporacion, el cargador, puede decirse, que pertenece á los conservadores, le agrada el gobierno unitario y obedece ciegamente al capataz, que es por lo comun el decano del cuerpo, *cabestro* de la recua racional.

Este cuerpo tiene dos caracteres, aguantador y religioso; respecto de lo primero, ya sabemos lo que es; respecto de lo segundo, toma el nombre de gremio, equivalente al de cofradía, bajo el patrocinio de un Niño Dios, que suelen vestir á la española antigua.

El gremio tiene, por eleccion de sus cofrades, un mayordomo que reasume la triple investidura de presidente, administrador y tesorero, á manera de un gobierno que asume, en solo una persona, los poderes legislativo, ejecutivo y judicial.

El objeto religioso del gremio, es hacer una funcion anual en honra del Niño patrono, costumbre añeja, que si se halla abolida en algunos puntos de la República, subsiste en los mas; pero que en nada aumenta las devociones diurnas de nuestro protagonista, que cuando no carga vegeta, arrimado á una esquina, sin otro porvenir que el de un gobierno moderado, cuyos empleados son los muebles de mas ó menos lujo que conduce á cuestas para dejarlos en poder de otro dueño, sean ó no útiles, lo cual no le toca indagar, puesto que contribuyen á darle la subsistencia.

Finalmente, el cargador, semejante á todos los gobiernos, dura en su oficio segun la mayor ó menor cantidad de fuerzas que debe á su constitucion, y al menor ó mayor abuso que hace de ellas; pues si por parecer fuerte se echa con frecuencia sobre los hombros cargas demasiado voluminosas y molestas, á modo de préstamos ó transacciones pesadas ó ejércitos numerosos, agotará sus recursos y terminará su vida en el abandono, desapareciendo de entre sus camaradas sin ser sentido, y con mil que lo reemplacen en el servicio público.

Este es el cargador; su vida es su fuerza; y si ella es la que constituye la ciencia de un gobierno, es claro que ésta se halla en el tipo del *cargador*.—*Juan de Dios Arias.*

